

soy mucho obligado, é soy muy triste por unas nuevas que de Amadís oí antes que aquí viniese. — E ¿qué es eso? dijo ella. — Cuando yo me venia á este lugar vi una doncella, dijo él, en una floresta cabe el camino que yo andaba, é decia una cantica muy sabrosa de oír, y preguntéle quién la habia hecho. — Hízola, dijo ella, un caballero á quien Dios dé mas alegría que al tiempo que la hizo tovo, que, segun las palabras della, grande agravio del amor recibió, é mucho dél en ella se queja. Yo moré con la doncella dos dias hasta que la aprendí, é decíame que Amadís gela mostraba llorando é haciendo gran duelo. — Mucho os ruego, dijo la dueña, que esa cantica que decís la amostreis á mis doncellas, porque en los instrumentos la canten é tañan. — Plácame, dijo él, de lo facer por vuestro amor, é por aquel que vos mas amais, aunque agora no esté en tiempo de cantar ni de hacer cosa que de alegría ni placer sea. — Entonces se fué con las doncellas á la capilla é mostróles la cantica, que él tenia muy extraña voz, é la gran tristeza suya gela facia mas dulce é acordada. Las doncellas la aprendieron muy bien, é la cantaban á su señora, que gran placer habia de la oír.

Pues allí estovo Corisanda cuatro dias, é al quinto se despidió del ermitaño é de Beltenebros, é dijole si estaría allí mucho tiempo. «Señora, dijo él, fasta que muera.» Entonces entráronse en su nao, é fuéronse su viaje á Lóndres, donde el rey Lisuarte era; que allí esperaba saber nuevas, antes que en otra parte, de don Florestan. Mucho fué bien recibida del Rey é de la Reina é de todos, sabiendo que era dueña de alta guesá, é hiciéronla aposentar en su palacio. La Reina le preguntó la razon de su venida, é que ella sería en la ayudar con el Rey si á él con alguna necesidad era llegada. «Mi señora, dijo Corisanda, yo vos lo tengo en merced, mas mi demanda es buscar á don Florestan, é porque en aquesta su corte venian nuevas de todas partes, querria en ella estar algun tiempo hasta que algo dél supiese.» La Reina le dijo: «Buena amiga, eso podeis facer vos quanto vos pluguiere; pero hasta agora no se sabe dél otra cosa sino que es ido en busca de Amadís, su hermano, que no se sabe por cuál razon se es ido á perder.» E contóle cómo don Guilan le trajera las armas, é que dél no pudiera saber ninguna cosa.

Oido esto por Corisanda, comenzó á llorar fieramente, diciendo: «¡Oh Dios, Señor! ¿qué será de mi amigo é mi señor don Florestan? que segun él ama á aquel hermano, si no le halla tambien será él perdido, que yo nunca jamás lo veré.» La Reina la consoló, é pesóle con las nuevas que le dijera. Oriana, que cabe su madre estaba, oyendo la razon de la dueña cómo amaba á don Florestan, hermano de Amadís, hobo sabor de la honrar; é haciéndole compañía, la llevó á su aposentamiento, donde supo toda su hacienda enteramente. Pues hablando con ella en muchas cosas, Corisanda les contó á ella y á Mabilia cómo estuviera en la Peña Pobre é hallara un caballero haciendo penitencia, que á sus doncellas mostrara una cancion que Amadís habia hecho en tiempo de gran cuita que en sí tenia, é que así debia ello ser, segun las palabras de la cancion. Mabilia le dijo: «Mi buena amiga é señora, mucho por merced vos ruego que la mandeis cantar á vuestras donce-

llas; que muy gran placer habré de la oír, por la haber hecho aquel caballero cuya prima yo soy. — Eso haré yo de grado, dijo ella; que no menos alegría mi corazón siente en la oír por el gran deudo que con mi señor don Florestan tiene.» Entonces vinieron las doncellas é cantáronla con sus instrumentos muy dulcemente, que era muy grande alegría de la oír, segun con la gracia que dicha era; mas dolor á quien la oía. Oriana paró mientes en aquellas palabras, é bien vió, segun ella le habia errado, que con gran razon Amadís se quejaba, é vinole muy gran queja al corazón; de manera que allí no pudiendo estar, se fué á su cámara con vergüenza de las muchas lágrimas que á los ojos le venian. Mabilia dijo á Corisanda: «Amiga, ya védes cómo Oriana es doliente, é por vos facer placer y honra está aquí mas de lo que le convenia; quiero ir á le poner remedio, é ruégovos que me digais qué hombre es ese que en la Peña Pobre está, que la cancion mostró á vuestras doncellas, é si sabe algunas nuevas de Amadís.» Ella le contó cómo lo hallara é cuanto le dijera, é que nunca viera hombre doliente é flaco tan hermoso ni tan apuesto en su pobreza, é que nunca viera hombre tan mancebo que tan entendido fuese.

Mabilia pensó luego que aquel era Amadís, que, con su gran desesperacion, en lugar tan estrecho é apartado se posiera, fuyendo de todos los del mundo; é fué á Oriana, que estaba en su cámara muy pensativa é llorando de sus ojos muy reciamente, é llegó riendo é de buen talante, é dijole: «Señora, en preguntar hombre algunas veces sabe mas de lo que piensa saber; que, segun lo que he sabido de Corisanda, aquel caballero doliente que se llama Beltenebros y está en la Peña Pobre, por razon debe ser Amadís, que se apartó allí de todos los del mundo, é quiso complir vuestro mandado en no parecer ante vos ni ante otro ninguno; por ende sed alegre é consoláos; que mi corazón me dice ser aquel sin duda ninguna.» Oriana alzó las manos é dijo: «¡Oh Señor del mundo! plégaos que así sea verdad, é vos, mi buena amiga, consejadme lo que faga; que en tal estado soy, que no tengo juicio ni seso ninguno; é por Dios habed de mí duelo, así como de aquella cativa desaventurada, que por su locura é airada saña perdió todos sus bienes é placeres.» Mabilia hobo della duelo; así que, las lágrimas á los ojos le vinieron, é volvió el rostro porque gela no viese, é dijole: «Señora, el consejo es que espere-mos á la vuestra doncella, é si esta no le falla, dejad á mí el cargo; que yo terné manera como dél sepamos; que todavía me esfuerzo que es aquel que Beltenebros se llama.»

CAPITULO IX.

De cómo la doncella de Denamarca fué en busca de Amadís, é acaso de ventura, despues de mucho trabajo, aportó en la Peña Pobre, donde estaba Amadís, que se llamaba Beltenebros.

La doncella de Denamarca estuvo con la reina de Escocia diez dias, é no tanto por su placer, como que de la mar enojada é mal trecha estaba, é mas en no haber hallado nuevas de Amadís en aquella tierra donde con mucha esperanza de las saber viniera, creyendo que la muerte de su señora en el mal recaudo que ella llevaba

estaba; é despidiéndose de la Reina, llevando las donas que para la reina Brisena é Oriana é Mabilia, su hija, le dió, se tornó á la mar para se volver con aquel despacho sin ventura, no sabiendo mas que hacer; mas aquel Señor del mundo, que cuando las personas sin esperanza, sin reparo les parece estar, queriendo mostrar algo de su poder, dando á entender á todos que ninguno, por sabio ni discreto que sea, sin su ayuda ayudado ser no puede, mudó su viaje con gran miedo é tribulacion della é de todos los de la nave, dándoles el fin con aquella alegría é buena ventura que ella buscaba; y esto fué que la mar embravecida, la tormenta sin comparacion les ocurrió; así que, andando por la mar sin gobernalle, sin concierto alguno, perdido de todo punto el tino de los mareantes, no teniendo fucia alguna en sus vidas, en la fin una mañana al punto del alba, al pié de la Peña Pobre, donde Beltenebros era, arribaron; la cual fué luego conocida de los de la nave, que algunos dellos sabian ser allí Andalod, el santo ermitaño que en la ermita suso su vida hacia; lo cual dijeron á la doncella de Denamarca; y ella, como salida de tal peligro, tornada así de muerte á vida, é andó que suso á la Peña la subiesen; porque oyendo misa de aquel hombre bueno, pudiese á la Virgen María dar gracias de aquella merced que su glorioso Fijo les habia hecho.

A esta sazón Beltenebros estaba á la fuente, debajo de los árboles que ya oistes, donde aquella noche albergara; y era ya su salud tan allegada al cabo, que no esperaba vivir quince dias; é del mucho llorar, junto con la su gran flaqueza, tenia el rostro muy descarnado é negro, mucho mas que si de gran dolencia agravado fuera; así que, no habia persona que conocerlo pudiese; é desde hobo mirado una pieza la nave, é vió que la doncella é los dos escuderos sobian suso la Peña, como ya su pensamiento en al no estoviese sino en demandar la muerte, todas las cosas que fasta allí habia tratado con mucho placer, que era ver personas extrañas, así para las conocer como para las remediar en sus fortunas, aquellas é todas las semejantes dél con mucha desesperacion eran aborrecidas; é partiéndose de allí, á la ermita se fué, é dijo al ermitaño: «Gente me parece que de una fusta salen, é se vienen para vos; é púsose de rodillas ante el altar, haciendo su oracion, rogando á Dios que del alma le hoviese merced, que presto sería á darle cuenta. El ermitaño se vistió para decir la misa, é la doncella con Durin y Enil entró por la puerta, é haciendo oracion, luego se quitaron los antifaces que delante el rostro traian.

Beltenebros, habiendo estado una pieza, levantóse é volvió el rostro contra ellos, é mirándolos, conoció luego á la doncella é á Durin, é la alteracion fué tan grande, que no pudiendo estar en los piés, cayó en el suelo como si muerto fuese. Cuando el ermitaño esto vió pensó que ya estaba en el postrimero punto de su vida, é dijo: «¡Oh Señor poderoso! ¿por qué no has querido haber piedad deste que tanto en tu servicio podiera facer?» E las lágrimas le caian en mucha cantidad por las blancas barbas, é dijo: «Buena doncella, faced á esos hombres que me ayuden á llevar este hombre á su cámara, que entiendo que este será el postrimero beneficio que facer se le puede.» Entonces Enil é Durin, con

el ermitaño, lo llevaron á la casa donde albergaba, é lo posieron en una cámara asaz pobre, que por ninguno dellos nunca fué conocido; pues la doncella oyó la misa, é queriéndose ir á comer en tierra, que de la mar muy enojada andaba, acaso preguntó al ermitaño qué hombre era aquel que de tan gran dolencia agravado era. El hombre bueno le dijo: «Es un caballero que aquí face penitencia. — Mucho culpado debe ser, dijo ella, pues en parte tan áspera hacerla quiso. — Así es como vos decís, dijo él, pues que mas por las cosas vanas é perecederas deste mundo que por servicio de Dios lo face. — Quiérole ver, dijo la doncella, pues me decís que es caballero é de las cosas que en la nave trayo le dejaré con que algo pueda ser reparado. — Faceldo, dijo el buen hombre; pero entiendo que su muerte, á que tanto llegado es, vos quitará dese cuidado.» La doncella entró sola en la cámara donde Beltenebros estaba; el cual, pensando qué ficiese, no se sabia determinar; que si se le ficiese conocer, pasaba el mandamiento de su Señora, é si no, si aquella que era todo el reparo de su vida de allí se fuese, no le quedaba esperanza ninguna. En la fin, creyendo que muy mas duro para él sería enojar á su señora que padecer la muerte, acordó de se le no facer conocer en ninguna manera.

Pues la doncella, llegada cerca de la cama, dijo: «Buen hombre, del ermitaño he sabido que sois caballero, é porque las doncellas á todos los mas caballeros somos muy mas obligadas por los grandes peligros que en nuestra defensa se ponen, acordé de os ver é dejar aquí del bastimiento de la nao todo lo que para vuestra salud en ella se fallare.» El no respondió ninguna cosa; antes estaba con grandes sollozos é gemidos llorando. Así que, la doncella pensó que el alma de las carnes se le partía, de que hobo gran piedad; é porque en la cámara poca luz habia, abrió una lumbrera que cerrada estaba, é llegóse á la cama por ver si era muerto, é comenzó á mirar, y él á ella, todavía llorando é sollozando, é así estuvo por una pieza que la doncella nunca lo conoció, porque su pensamiento bien descuidado era de fallar en tal parte aquel que buscaba; mas viéndole en el rostro un golpe que Arcaus el encantador le fizo con la cuchilla de la lanza, cuando le fué por él quitada Oriana, como se os ha dicho en el libro primero, fizola recordar en lo que ante ninguna sospecha tenía, é claramente conoció ser aquel Amadís, é dijo: «¡Ay santa María! val, ¿qué es esto que veo? ¡Ay Señor! vos sois aquel por quien mucho afan he tomado.» E cayó de bruza sobre el lecho, é fincando los hinojos, le besó las manos muchas veces, é dijole: «Señor, aquí es menester piedad é perdon contra aquella que vos erró; que si por su mala sospecha vos ha puesto injustamente en tal estrecho, ella con mucha causa é razon padece la vida mas amarga que la propia muerte.» Beltenebros la tomó entre sus brazos é juntóla consigo, sin ninguna cosa le poder fablar; ella, dándole la carta, le dijo: «Esta vos envía vuestra señora, é por mí vos face saber que si vos sois aquel Amadís que ser solia, á quien ella tanto ama, que poniendo en olvido lo pasado, luego seais con ella en el su castillo de Miraflores, donde con mucho vicio serán emendados los dolores é angustias que el sobrado amor que vos tiene han causado.»

El tomó la carta, é despues de la besar muchas veces, púsola encima del corazon é dijo: «Oh atribulado corazon! que tanto tiempo con tan grandes angustias, derramando tantas lágrimas, te has podido sostener, fasta ser llegado en el estrecho de la cruel muerte, recibe esta melecina, que para la tu salud ninguna otra bastar podiera; quita aquellas nieblas de gran tenebregura de que fasta aquí cubierto estabas; toma esfuerzo con que puedas servir á aquella tu señora la merced que en te quitar de la muerte te face.» Entonces abrió la carta por la leer, que así decia:

CARTA DE ORIANA Á AMADÍS.

Si los grandes yerros que con enemistad se hacen, vueltos en homildad, son dignos de ser perdonados, pues ¿qué será de aquellos que con gran sobra de amor se causaron? Ni por eso niego yo, mi verdadero amigo, no merecer mucha pena, porque debiera considerar que en las prósperas é alegres cosas son las asechanzas de la fortuna para en mezquindad las poner, é con razon debiera yo considerar vuestra discrecion, vuestra honestidad, que fasta aquí en ninguna cosa erró, y sobre todo, la gran sujecion de mi triste corazon, que no le vino sino de aquella en que el vuestro es encerrado; que si por ventura algo de sus encendidas llamas resfriadas fueran, el mio lo sintiendo, algun descanso á los mortales deseos por él deseado fueran causa de acarrear. Mas yo erré como aquellas que estando en mucha buena ventura é con gran certenidad de aquellos que aman, no cabiendo en ellas tanto bien, por sospechas, mas por voluntad que con razon tomadas, por palabras de personas inocentes ó maldecientes, de poca verdad y menos virtud, quieren aquella grande alegría escurecer con niebla de poco sufrimiento; así que, muy leal amigo, como de persona culpada que con humildad su yerro conoce, sea recibida esta mi doncella, que mas de la carta le fará saber en el extremo que mi vida queda; de la cual, no porque ella lo merezca, mas por el reparo de la vuestra, se debe haber piedad.

Leida la carta, el alegría de Beltenebros fué tan sobrada, que así como con la pasada tristeza con ella desmayado fué, cayendo las lágrimas por sus mejillas sin las sentir, y luego fué acordado por ellos que, dando á entender á todos los que allí venian que la doncella por servicio de Dios le sacaba de aquel lugar, donde para su salud aparejo ninguno no habia, que en la hora tornados á la nave, saliesen en tierra, lo cual así se hizo; pero antes Beltenebros, despedido del ermitaño, faciéndole saber cómo aquella doncella, por la piedad de Dios, por grande aventura allí por su salud era aportada, y rogándole mucho que él tomase cargo de le reformar el monesterio que al pié de la Peña de la insola Firme prometiera de hacer; é por él otorgado, se metió en la mar, sin que de otro sino de la doncella sola conocido fuese. Pues salidos en tierra, y despedidos los mareantes de la doncella, y ella quedando con su compañía, la via donde su señora estaba comenzó á caminar; é fallando un lugar metido en una ribera de agua mucho sabrosa y hermosos árboles, porque la gran flaqueza de Beltenebros en alguna manera reparada fuese,

á su ruego della allí le hizo reposar; donde si la soledad que de su señora tenia tanto no le atormentase, toviera la mas gentil vida para su salud que en ninguna otra parte que en el mundo fuese; porque debajo de aquellos árboles, al pié de los cuales las fuentes nascian, les daban de comer y cenar, acogiéndose en las noches á su albergue, que en el lugar tenian. Allí fablaban entrambos en las cosas pasadas. Allí le contaba la doncella los llantos y los dolores que su señora Oriana ficiera cuando Durin la nueva le trajo, é cómo nunca ella ni Mabilia habian sabido de lo que ella hizo en la carta que le envió; y Beltenebros asimesmo le contaba las fortunas por que pasó, é la vida que en la Peña Pobre toviera, é los muchos é diversos pensamientos que á su memoria cada dia le ocurrían; é cómo viniera por allí Corisanda, la amiga de don Florestan, su hermano, é la gran cuita de amor que por él sofria, que fué causa, veyendo cómo aquella moria por su amigo, y él á tan sin razon ser de la suya desechado é abortescido, de le llegar mas presto á la muerte; é cómo mostró á sus doncellas la cancion que ficiera, é otras muchas cosas que largamente serian de contar; de las cuales, siendo ya libre de la cruel muerte que esperaba, recibia muy gran gloria, tanto, que en diez dias que allí se detuvieron fué tan mejorado, que ya su corazon le mandaba que á las armas tornase. Pues allí se hizo conocer á Durin, é tomó por su escudero á Enil, sobrino de don Gandalin, su amo, sin que él supiese quién era ni á quién servia, mas de ser contento dél por la su graciosa palabra; é partiendo de allí, en cabo de cuatro dias que caminaron, llegaron á un monesterio de monjas que cerca de una buena villa estaba, donde fué acordado que la doncella é Durin se fuesen, y él quedando allí con Enil, atendiese el mandado de su señora; é así se hizo, que dejando ella á Beltenebros tanto dinero quanto para armas y caballo é cosas de vestir necesario era, é alguna parte de las donas que llevaba á sabiendas como olvidadas, para que con achaque dellas Durin le volviese con la respuesta, se fué su camino derecho de Miraflores, donde su señora Oriana hallar pensaba, segun antes que de allá se partiese le había oido decir.

CAPITULO X.

De cómo don Galaor é Florestan é Agrájes se partieron de la insola Firme en busca de Amadís, y de cómo andovieron gran tiempo sin poder haber rastro dél, é así se vinieron con todo desconsuelo á la corte do el rey Lisuarte estaba.

Contado se vos ha cómo don Galaor é don Florestan é Agrájes partieron de la insola Firme en la demanda de Amadís, é cómo andovieron muchas tierras, partidos cada uno á su parte, haciendo grandes cosas en armas, así en los logares poblados como por las florestas é montañas; de las cuales, porque la demanda no acabaron, no se hace mencion, como ya dijimos. Pues en cabo de un año que ninguna cosa saber pudieron, tornáronse al lugar donde acordado tenian, que era una ermita á media legua de Lóndres, donde el rey Lisuarte era, creyendo que allí antes que en otra parte, por las muchas é diversas gentes que continuo ocurrían, podrían saber algunas nuevas de su hermano Amadís; y el primero que al ermita llegó fué don Galaor, é

luego Agrájes, é á poco rato don Florestan, é Gandalin con él. Cuando allí se vieron juntos con gran placer se abrazaron; mas sabiendo unos de otros el poco recaudo que fallado habian, comenzaron fieramente á llorar, considerando que, pues ellos siendo tan bienaventurados en acabar todas las cosas, haber en aquella fallecido, que muy poco remedio ni esperanza en lo venidero les quedaba. Mas Gandalin, á quien no menos de la pérdida de Amadís que á ninguno dellos le dolia, esforzábales que, dejando el llanto, que poco ó nada aprovechaba, á la demanda comenzada tornasen; trayéndoles á la memoria lo que su señor por cada uno dellos faria, veyéndolos en cuita; é cómo perdiéndolo, perdian hermano y el mejor caballero del mundo. Así que, teniendo por bien, acordaron de primero entrar en la corte, é si allí recaudo de alguna nueva no fallasen, de buscar todas las partes del mundo de tierras é mares fasta saber su muerte ó su vida.

Pues con este acuerdo, habiendo oido la misa que el ermitaño les dijo, cabalgaron é fuéronse el camino de Lóndres; esto era el dia de San Juan; y llegando cerca de la cibdad, vieron á la parte donde ellos iban al Rey, que aquella fiesta con muchos caballeros cabalgando por el campo honraban, así por el santo ser tal, como porque el semejante dia fuera él por rey alzado; é como el Rey vió los tres caballeros, bien cuidó que serian andantes, é fué contra ellos por los honrar, como aquel que á todos honra é preciaba; é como lo vieron contra sí ir, desarmaron las cabezas, é mostraron á don Florestan cuál era el Rey, que fasta entonces nunca lo viera, y llegando mas cerca, muchos hobo que conocieron á don Galaor é Agrájes, mas no conocieron á Florestan, pero que muy fermoso les pareció, é antes que llegasen por Amadís lo tenian, y el Rey así lo pensó, que este semejava á Amadís en la cara mas que ninguno de sus hermanos; é cuando llegaron al Rey pusieron á don Florestan delante por le dar honra, y el Rey dijo á Galaor: «Entiendo que este es vuestro hermano don Florestan.—Sí es, Señor, dijo él.» E queriéndole besar las manos, no gelas quiso dar, antes con mucho amor lo abrazó, y despues á los otros, y con gran placer se metió entre ellos y se fué á la cibdad. Gandalin y el enano, que aquel recibimiento vieron, donde su señor, con tanta honra de todos recibido é mirado era, habiéndolo perdido, facian muy gran duelo, tanto, que así al Rey como á todos los otros ponian en haber dellos gran piedad, é mas de su señor; á quien mucho amaban.

El Rey iba preguntando á los tres compañeros si habian sabido algunas nuevas de Amadís, su hermano; mas ellos, con lágrimas en sus ojos, le decian que no, aunque grandes tierras habian andado en su busca. El Rey los consolaba, diciendo que las cosas del mundo tales eran aun á aquellos que, fuyendo de las afrentas y peligros, con gran cuidado sus personas guardar dellas pensaban, quanto mas á los que su estilo é oficio era buscarlas, ofreciendo sus vidas hasta las poner mill veces al punto de la muerte; y que toviesen esperanza en Dios, que no le había hecho á Amadís tan bienaventurado en todas las cosas para así le desamparar. Las nuevas de la venida destos caballeros sonaron en casa de la Reina. de que así ella como todas las otras fue-

LC.

ron muy alegres, especialmente Olinda, la mesurada amiga de Agrájes, sabiendo ya cómo él había acabado la aventura del arco de los leales amadores, é Corisanda, la amiga de don Florestan, que allí lo atendia, como antes se vos contó.

Mabilia, que muy alegre estaba con la venida de Agrájes, su hermano, fuése á Oriana, que estaba muy triste á una finiestra de su cámara leyendo en un libro, é díjole: «Señora, id vos á vuestra madre, que vendrán ende agora don Galaor é Agrájes é Florestan.» Ella le respndió llorando é sospirando, como si las cuerdas del corazon le quebraran: «Amiga, ¿dónde quereis que vaya, que estoy fuera de mi entendimiento en manera que mas soy muerta que viva, y tengo el rostro é los ojos, de llorar, tales como védes. Y demás desto, ¿cómo podré yo ver aquellos caballeros, en compañía de los cuales solia ver á mi señor Amadís é mi amigo? Por Dios quereismé matar, que mas grave me es pasar la muerte.» Mas desto, dijo llorando: «¿Ay Amadís! mi buen amigo, ¿qué hará la cativa desventurada cuando vos no viere entre vuestros hermanos é amigos, que vos tanto amais, con quien vos solia ver? Por Dios, mi señor, la vuestra soledad será causa de mi muerte, y esto será con gran razon que yo fice por donde ambos moriésemos.» É no pudiendo estar en pié, cayó en un estrado. Mabilia la esforzaba cuanto podia, poniéndola en esperanza que la su doncella le traeria buenas é alegres nuevas. Oriana le dijo: «Cuando estos caballeros tan bien andantes en sus demandas, habiéndolo buscado tanto tiempo con tanta aficion, dél no han sabido, ¿cómo la doncella, que no irá sino á una parte, lo podría hallar?—En esto no penseis, dijo Mabilia, que, segun él iba, á todos los del mundo fuirá, é á vuestra doncella saldrá él á se le dar conocer donde escondido estoviere, como á persona que todo el secreto de vos y dél sabe, y que el reparo de su vida le puede llevar.» Oriana, algo con esto esforzada é consolada, levantóse como mejor pudo, é lavó sus ojos, é mandó llamar á Olinda que se fuese con ellas donde la Reina su madre estaba; é cuando los tres caballeros compañeros la vieron hobieron gran placer é fueron á ella é rescibiéronse muy bien. El Rey dijo entonces á don Galaor: «¿Védes cómo anda mal trecha e muy doliente vuestra amiga Oriana?—Señor, dijo él, mucho pesar he yo dello, é gran razon es que todos la sirvamos en aquellas cosas que mas salud le pueden atraer.» Oriana le dijo riendo: «Mi buen amigo don Galaor, Dios es aquel que repara las dolencias é las fortunas; é así, si le ploguiere, hará lo mio é lo de vosotros, que tan gran pérdida vos ha venido en perder á vuestro hermano; que si Dios me salve, mucho me ploguiera que los trabajos y peligros que nos dicen que por le buscar habeis pasado, que sacaran algun fruto de lo que deseábades, así por vosotros como porque el Rey mi señor era siempre muy servido dél.—Señora, dijo don Galaor, yo fio en Dios que presto habrémos dél buenas nuevas; que él no es hombre que desmaya por gran cuita; que no ha caballero en el mundo que mejor contra todo peligro mantenerse sepa.»

Mucho fué Oriana consolada con aquello que le oyó á don Galaor, é tomando á él é á don Florestan consigo,

se asentó en un estrado, é había gran sabor de mirar á don Florestan, que mucho á Amadís parecía; pero haciale gran soledad del otro, tanto, que el corazón le quebraba. Mabilia llamó á Agrájes, su hermano, y sentóle cabe sí é cabe Olinda, su amiga, que muy leda é alegre estaba en saber que por su amor había sido so el arco encantado de los amadores; que bien gelo dió allí á entender con el amoroso recibimiento que le fizo, mostrándole muy buen talante; mas Agrájes, que mas que á sí la amaba, gradesciégelo con mucha homildad, no le pudiendo besar las manos porque el secreto de sus amores manifiesto no fuese; y estando así hablando, oyeron unas voces é ruido que en el palacio se facia, y preguntando el Rey qué era aquello, dijéronle que Gandalin y el enano, habiendo visto el escudo y las sus armas de aquel famoso caballero Amadís, que hacian muy gran duelo, y que los caballeros los consolaban. «¡Cómo! dijo el Rey, ¿aquí es Gandalin?—Sí, Señor, dijo don Florestan; que bien há dos meses que le fallé al pié de la montaña de Sanguin, que andaba por saber algunas nuevas de su señor, é dijele que yo había ya andado toda la montaña á todas partes, y que no fallaba nuevas ningunas; é tovo por bien de se andar conmigo, porque gelo rogué.» El Rey dijo: «Yo tengo á Gandalin por uno de los mejores escuderos del mundo, é razon será que lo consolemos.»

Entonces se levantó é fué para allá donde estaba, é cuando Oriana oyó hablar de Gandalin y del duelo que hacia perdió la color, que no se podia en los piés tener. Mas don Galaor é don Florestan la sostuvieron, alzándola por las manos para ir con el Rey, é Mabilia, que conoció la causa de su desmayo, llegóse á ella é tomóla los brazos sobre su cuello, é Oriana dijo á Galaor é á don Florestan: «Mis buenos y leales amigos, si os no viere é honrare como debo, no á la voluntad, mas á la gran dolencia que, yo tengo, poned la culpa que lo causa.—Señora, dijeron ellos, con mucha razon se debe eso creer, que, segun el gran deseo nuestro es de vos servir en todas las cosas, no sería razon que algun galardón de vuestra gran virtud y bondad no se nos siguiese.» É dejándola, se fueron para el Rey, é Oriana se acogió á su cámara, donde echada en su lecho, con grandes gemidos é congojas se revolvia, con gran deseo de saber y entender de aquel que mas por voluntad que por razon é concierto alguno de sí había apartado y de todo alejado. Oriana habló con Mabilia, diciendo: «Mi verdadera amiga, despues que en esta cibdad de Londres entramos nunca me han faltado dolores é angustias; así que, ternia por bien, si á vos parece, que al mi castillo de Miraflores, que es muy sabrosa morada, nos fuésemos algunos días; que, como quiera que mi pensamiento tengo firme no haber en ninguna parte mi triste corazón reposo, mas allí que en otro cabo mi voluntad se otorga que lo fallaría.—Señora, dijo Mabilia, debeislo facer así por eso como porque si la doncella de Denamarca vos trae las nuevas que deseamos podais sin entrevaleo alguno, no solamente gozar del placer dellas, mas darlo á aquel que con mucha razon, segun la su tristeza pasada, lo debe haber; lo que aquí estando, de lo uno ni de lo otro gozar no podríades.—¡Ay por Dios, mi amiga! dijo Oriana, fagámoslo luego

sin mas tardar.—Menester es, dijo Mabilia, que lo habléis á vuestro padre y madre, que, segun vuestra salud desean, toda cosa que vos agradare harán.»

Este castillo de Miraflores estaba dos leguas de Londres y era pequeño, mas la mas sabrosa morada era que en toda aquella tierra había, que su asiento era en una floresta á un cabo de la montaña, y cercado de huertas que muchas frutas llevaban, y de otros grandes árboles, en las cuales había yerbas é flores de muchas guisas, y era muy bien labrado á maravilla, y dentro había salas y cámaras de rica labor, y en los patios muchas fuentes de aguas muy sabrosas, cubiertas de árboles que todo el año tenían flores é frutas; é un día fué allí el Rey á cazar, é llevó consigo á la Reina é á su hija, é porque vió que su hija mucho se pagaba de aquel castillo, por ser tan hermoso, diógelos por suyo, é ante la puerta dél había á un trecho de ballesta un monesterio de monjas que Oriana mandó hacer despues que suyo fué, en que había mujeres de buena vida. Y esa noche habló con el Rey é la Reina, demandándoles licencia para estar algunos días allí, la cual de grado le fué por ellos otorgada. Pues estando el Rey á su mesa, teniendo cabe sí á don Galaor é Agrájes é Florestan, les dijo: «Yo fio en Dios, mis buenos amigos, que presto habrémos buenas nuevas de Amadís, porque yo tengo enviados á le buscar treinta caballeros de los buenos de mi casa; é si tales no las trajeren, tomad vosotros todos los que mas quisiédes é idlo á buscar por donde viédes que con razon se debe tomar el trabajo; pero tanto vos ruego que esto sea despues que pase una batalla que emplazada tengo con el rey Cildadan de Irlanda, que es muy preciado rey en armas,» y era casado con una hija del rey Abies, aquel que Amadís había muerto, y que la batalla había de ser ciento por ciento; é la razon della era por ciertas parias que aquel reino era obligado á dar á los reyes de la Gran Bretaña, y que eran convenidos que si él venciese, que las parias fuesen dobladas y el rey Cildadan que quedase por su vasallo, é si fuese vencido, quedase quito de todo para siempre; y que, segun había sabido de la gente que para le ser contraria se aparejaba, que bien habría menester todos los suyos é sus amigos.

Por esto que aquellos tres compañeros oyeron al Rey quedaron aun mucho contra su voluntad, que mas quisieran tornar luego á la demanda de Amadís, que mucho deseaban dél saber, é con mucha razon; mas hobieron gran vergüenza no servir é ayudar al Rey en una cosa tan señalada y de tan grande afrenta. Despues que los manteles alzaron, don Florestan mandó á Gandalin que fuese á ver á Mabilia, que gelo rogara, y él así lo fizo, é cuando ambos se vieron no pudieron excusar que no llorasen, é Gandalin le dijo: «¡Oh Señora! que gran sinrazon ha hecho Oriana á vos é á vuestro linaje, que vos quitó el mejor caballero del mundo. ¡Ay! qué mal empleado fué cuanto la vos servistes, que gran sinrazon della habédes rescebido, é mas aquel que la nunca en fecho ni en dicho erró; mal empleó Dios tal fermosura é todas las otras bondades, pues que en ella había traicion; por este mal que hizo bien sé yo que ninguno perdió tanto como ella.—¡Ay Gandalin! dijo ella, ruégote agora que no digas esto

ni lo creas, que errarás; que ella lo fizo con gran cuita y pesar de unas palabras que le dijeron, que con gran razon pudo tomar sospecha en que siendo ya ella en olvido puesta de tu señor, á otra por mucha afición amaba; é como quiera que la carta fué con gran saña escrita y enviada, no pensó que á tanto mal redundara; y del yerro que en esto hobo puedes creer que fué causa el sobrado y demasiado amor que le tiene.—¡Oh Dios! dijo Gandalin, cómo faltó el buen entendimiento de Oriana é vuestro é de la doncella de Denamarca en pensar que mi señor había de hacer tal yerro contra aquella que por la menor palabra sañuda que en ella sentia, segun el gran temor que de la enojar tiene, se meteria so la tierra vivo; y ¿qué palabras podian ser estas que el gran juicio é virtud de vosotras así turbase para hacer morir el mejor caballero que nunca nació?—Ardian el enano, dijo Mabilia, pensando que la honra de su señor acrecentaba, lo ha causado.»

Entonces le contó todo lo que había pasado con las tres piezas de la espada, como el primero libro lo cuenta. «É no creas, Gandalin, dijo ella, que yo ni la doncella de Denamarca podimos mas hacer; que la saña de Oriana fué tal en pensar que hombre á quien tanto ella ama, que por otra la dejase, que nunca su corazón sosegara pudo fasta enviar aquella carta sin nuestra sabiduría, que á todos nos llega al punto de la muerte; pero puedes creer que despues que de Durin supo lo que Amadís hizo, ella ha quedado con tan gran cuita é dolor, que esto nos da consuelo del pesar que por Amadís haber debemos.» A todas estas razones que Mabilia pasaba con Gandalin, Oriana estaba escuchando dentro en una parte de su cámara, é oyó todo lo que hablaban; é como vido que ya en ello no hablaban, salió á ellos como si nada oído hobiese; é como vió á Gandalin estremeciéndose el corazón, é no se pudo tener que en un estrado no cayese, é dijo llorando muy reciamente, que apenas podia hablar: «¡Oh Gandalin! así Dios te guarde y te haga bienaventurado, haz agora lo que debes, é cumplirás aquello á que muy obligado eres.—Señora, dijo él llorando, y ¿qué mandais que yo haga?—Que me mates, dijo ella; que yo maté á tu señor á muy gran sinrazon, é tú debes vengar la su muerte; que vengaría él la tuya si te alguno matase.» Y en esto quedó tan desacordada como si el alma salir le quisiese. Gandalin hobo gran pesar, que no quisiera allí por ninguna cosa ser venido; é Mabilia, tomando del agua, gela echó por el rostro; así que, acordar lo fizo sospirando é apretando muy fuertemente sus manos una con otra, é dijo ella: «¡Oh Gandalin! ¿por qué tardas de facer lo que debes? Por Dios, no tardaría tu padre de hacer lo que debiese.—Señora, dijo Gandalin, Dios me guarde de tal deslealtad hacer; que si lo pensase, sería la mayor traicion del mundo; y no solamente una, mas dos, siendo vos mi señora é Amadís mi señor; que sé yo bien cierto que despues de vuestra muerte no viviria él una hora; é nunca pensé que de vos, Señora, fuera yo tan mal aconsejado; cuanto mas que mi señor Amadís no es muerto, porque aunque la tristeza é angustia que por vuestra saña tomó fué en su mano de la pasar, no lo es la muerte, sino cuando Dios lo tuviere por bien; que si tal cabo le había de dar,

no le ficiera en el comienzo tan bienaventurado; y vos, Señora, así lo tened; que hombre tan señalado en el mundo como este no querrá Dios que á tan gran sinrazon muera.» Esto y otras muchas cosas le dijo por la conhortar, que bien le aprovecharon sus razones para en algo la conhortar, y ella dijo: «Mi buen amigo Gandalin, yo me voy de mañana á Miraflores, donde quiero esperar la vida ó la muerte, segun las nuevas me viénieren, é tú vénos á ver, que Mabilia enviará por tí; que mucho me quitas de la tristeza que en mi corazón está.—Señora, dijo Gandalin, así lo haré, é todo lo que mas mandádes.»

Con esto se quitó dellas, é pasando por donde la Reina estaba, llamólo é hizolo estar delante sí, y estuvo con él hablando mucho en la hacienda de Amadís y del gran pesar que por él tenia, y veníanle las lágrimas á los ojos, é dijole Gandalin: «Señora, si os dél doleis, es con gran derecho; que mucho es vuestro servidor.—Mas buen amigo, dijo la Reina, é buen defensor, é á Dios plega de nos traer dél buenas nuevas con que recibamos alguna consolacion.» É así estando, Gandalin vió á una parte del palacio estar á don Galaor é Florestan, é á Corisanda entre ellos muy alegre, é parecióle muy hermosa dueña, que él nunca fasta entonces la había visto ni sabia quién fuese; y preguntó á la Reina que quién era aquella tan hermosa dueña, que con tanto placer con aquellos dos hermanos hablaba; é la Reina le dijo quién era é por cuál razon había á la corte venido, é cómo amaba á don Florestan, por amor del cual había allí morado, atendiéndole, algun tiempo. Cuando esto oyó Gandalin dijo: «Si ella lo ama, bien se puede loar que va empleada en aquel que ha toda bondad y mesura, é pocos puede fallar, aunque todo el mundo ande, que igual dél sean en armas. É, Señora, si bien conociédes á don Florestan, no preciaríades á ningun caballero mas que á él, que en gran manera es de alto fecho en armas y en todas las otras buenas maneras.—Así lo parece él, dijo la Reina; que hombre que tal deudo tiene con tan nobles caballeros é tan facedores en armas, sin razon grande sería que no pareciese á ellos mucho, segun su disposicion.» Así estuvo la Reina hablando con Gandalin, é don Florestan con su amiga, mostrándole mucho amor; porque, demás de ser muy hermosa é rica, y le amaba tanto, sin que á otro ninguno su amor otorgado hobiese, venia de los mas nobles é mas altos condes que en toda la Gran-Bretaña había, é allí habló con ella ante don Galaor cómo se tornase á su tierra, y que él y don Galaor é Agrájes la llevarian dos jornadas; y que en oyendo algunas nuevas ciertas de Amadís, é pasando la batalla que el rey Lisuarte aplazada tenia, si él vivo quedase se iria para ella, é moraría en su tierra un gran tiempo. «A Dios plega por la su merced, dijo ella, de vos guardar é traer buenas nuevas de Amadís, porque podais cumplir lo que prometéis; que mucho soy con ello consolada.» Entonces se fueron al Rey, é Gandalin con ellos. Pues Oriana demandó licencia esa noche al Rey é á la Reina, porque otro día se queria ir á Miraflores; ellos gela dieron, é mandaron á don Grumedan que al alba del día saliese con ella é con Mabilia, é con las otras dueñas é doncellas, é las

pusiese en el castillo, é luego se tornase, dejando los servidores que les eran necesarios, é porteros que las puertas del castillo guardasen. Don Grumedan hizo aderezar todo lo que el Rey mandó, é antes que el día viniese tomó á Oriana é á todas las otras, é bien de mañana llegó con ellas á Miraflores, donde viendo Oriana lugar tan sabroso é tan fresco de flores é rosas, é aguas de caños é fuentes, gran descanso su afanado é atribulado ánimo sintió, confiando en la merced de Dios que allí vernia aquel á reparar su vida; que sin él la cruel muerte no se le podía excusar.

Pues allí llegada, envió á mandar á Adalasta, la abadesa del monesterio, que le enviase las llaves del castillo, y de unos postigos por donde á una hermosa huerta que con él se contenia salian, é dándolas á los porteros que su padre allí enviara, les mandó que cada día tuviesen cargo de cerrar las puertas é postigos, é diesen las llaves á la abadesa que de noche las guardase. Cuando Oriana se vió en aquel lugar tan sabroso alzó las manos al cielo é dijo entre sí: «¡Ay Amadís, mi amigo! este es el lugar adonde yo os deseo siempre tener conmigo, y de aquí jamás seré partida hasta que vos vea. E si esto por alguna guisa no puede ser, aquí me matará la vuestra soledad; por ende, mi amigo, várame la vuestra mesura, é acorredme, que muero; é si en algun tiempo é sazón me fuestes bien mandado é nunca me faltastes, agora, que mas me es menester, vos ruego é mando que me socorrais y me libreis de la muerte; é, mi buen amigo, no tardeis; que yo os lo mando por aquel señorío que yo sobre vos he.» E así estuvo una gran pieza amortecida, hablando con Amadís, y en tal guisa como si delante sí lo tuviese; mas Mabilia la tomó por las manos é la hizo asentar en un estrado que cabe una hermosa fuente le mandó hacer, é de allí se acogió á su aposentamiento, en que muy ricas cámaras habia, é un patio pequeño que ante la puerta de su cámara con tres árboles que todo lo cobrian, sin que en él ningun sol entrar pudiese. Oriana dijo á Mabilia: «Sabed que mandé que las llaves nos truiesen de día, porque quiero que Gandalin nos faga otras tales, porque si mi ventura tal fuere que Amadís venga, lo podamos aquí meter por la huerta é por los postigos.— Buen acuerdo tomastes,» dijo Mabilia. Así folgaron y descansaron aquel día é la noche, aunque con gran sobresalto á la doncella de Denamarca esperaban. Pues otro día llegó Gandalin, y el portero díjole á Mabilia, que aquel escudero la queria hablar. Oriana dijo: «Abranle á Gandalin, que muy buen escudero es, é con nosotras fué criado, cuanto mas que es hermano de leche de Amadís, á quien Dios guarde de mal.—Dios lo haga así, dijo el portero; que mucho seria gran pérdida é muy gran daño del mundo si tan bueno é virtuoso caballero é diestro en las armas se perdiese.—Tú dices verdad, dijo Oriana, é agora te vé, é haz que entre Gandalin.» E volviéndose á Mabilia, le dijo: «Amiga, ¿no védes vos cómo es amado ypreciado Amadís de todos, é aun de los hombres simples, que de las cosas poco conocimiento han?—Bien lo veo, dijo Mabilia.—Pues ¿qué faré yo, dijo ella, sino morir por aquel que siendo tan amado ypreciado de todos, á mí amaba él ypreciaba mas que á sí mismo, y que yo fuí causa de la su

muerte?—Maldita fué la hora en que yo nascí, pues por mi locura é mala sospecha fice tan gran sinrazon.—Dejadvos deso, dijo Mabilia, é tened buena esperanza; que muy poco para el remedio dello aprovecha lo que haceis.»

En esto entró Gandalin, que dellas muy bien recibido fué, é asentándolo consigo, le contó Oriana cómo habia enviado á la doncella de Denamarca con la carta que para Amadís llevaba, é las palabras que en ella iban, é díjole: «¿Parécete, Gandalin, que me querrá perdonar?—Señora, en buen pleito hablais, dijo él; pareceme que mal conocéis su corazon; que, por Dios, por la mas chica palabra que en la carta va, é se meta so la tierra vivo si vos gelo mandais, cuanto mas venir á vuestro mandamiento, especialmente llevárgela la doncella de Denamarca; y, Señora, mucho soy alegre desto que me habeis dicho; porque si todo el mundo lo buscase, no bastaria tanto de lo fallar como la doncella sola; porque, pues de mí se quiso esconder, no creo que á otro alguno mostrar se quisiese; y vos, Señora, con esperanza de las buenas nuevas que vos traerá, no dejéis de tener mejor vida, porque él venido no vos vea tan alongada de vuestra fermosura; si no, echará á huir de vos.» A Oriana le plugo mucho de aquello que Gandalin le decia, é díjole riendo: «¿Cómo! ¿tan fea te parezco?» Y él dijo: «Cuanto si tan fea parecéis á vos, ascondervos hiades donde ninguno vos viese.—Pues por eso, dijo ella, me vine yo á morar á este mi castillo; que si Amadís viniese, é quisiese echar á huir delante mí, que no lo pudiese hacer.—Ya lo viese yo en esta prision, dijo Gandalin, é suelto de la otra donde vuestros amores lo tienen.» Entonces le mostraron las llaves, é díjéronle que trabajase cómo otras tales se ficiesen, porque, venido su señor, como él lo esperaba, pudiese Oriana sin entralo alguno cumplir lo que le enviara á decir, que lo tenia allí consigo. Gandalin las tomó, é yéndose á Londres, trájoles otras tales llaves como aquellas, que otra diferencia no habia sino ser las primeras viejas é las otras nuevas. Mabilia mostró las llaves á Oriana é díjole: «Señora, estas serán causa de juntar con vos aquel que sin vos vivir no puede; é pues que hemos cenado é toda la gente del castillo es aseogada, vayámoslas á probar.—Vamos, dijo Oriana, é á Dios plega por su merced que ellas sean reparadoras en aquello que por mi poco seso fué dañado.» E tomándose por las manos, se fueron solas á escuras á los postigos que ya oistes que del castillo á la huerta salian; é siendo ya cerca del primero, dijo Oriana: «Por Dios, amiga, muerta soy de miedo; que no he poder de ir con vos.» Mabilia la tomó por la mano é díjole riendo: «No temais nada donde yo fuere, que vos defenderé; que soy prima del mejor caballero del mundo, é voy en su servicio; aguardadme sin miedo.» Oriana no pudo estar que no riese, é dijo: «Pues en vuestra guarda voy, no debo temer, segun la fianza que tengo en la vuestra gran bondad de armas.—Pues por tal me conoceis, dijo Mabilia, agora vamos adelante, y veréis ya cómo acabaré esta aventura; é si en ella fallezco, yo juro que en todo este año no echaré escudo al cuello ni ceñiré espada.» E tomándose, riendo, por las manos, llegaron al postigo primero, el cual sin entralo alguno fué abierto, é así

lo fué el otro; así que, vieron toda la huerta. Oriana dijo: «Pues ¿qué será? que segun la pared de esta huerta es alta, no podrá sobir Amadís por ella.—No penseis en eso, dijo Mabilia; que yo lo tengo mirado, é allí donde la pared se junta con el muro se hace un rincon, é con un madero que de fuera se ponga, é nosotras dándole las manos, sin mucha pena sobirá; mas este ardimento es vuestro, é vos llevaréis la paga dél.» Oriana la tomó por el tocado é derribógelo en el suelo, é estuvieron ambas por una pieza con gran risa é placer, é tornaron á cerrar los postigos, é fuéronse á dormir, é acostándose Oriana en el lecho, dijo Mabilia: «Quiera Dios, Señora, que aquí vos ayunte con aquel cativo que está desesperado, pues le es tanto menester.» Oriana dijo: «A él plega por la su piedad de se apiadar de nos y dél.—De lo que en Dios es, dijo Mabilia, no tengais cuidado, que él porná el remedio que á su servicio sea; comed é dormid, porque vuestra hermosura cobre lo mucho que perdido tiene, como Gandalin vos dijo.»

Con esto, dormieron aquella noche con mas sosiego que las pasadas, y la mañana venida, despues de haber oido misa, saliéronse al corral de las fermosas fuentes, é fallaron que entonces llegaba Gandalin, que por su mandado dellas cada día venia de Londres á la ver; é tomándolo consigo, se acogieron al patio de los tres árboles hermosos, é allí le dijeron cómo las llaves eran muy buenas, é las palabras que Mabilia dijera cuando las probara; de que todos mucho rieron; y éles contó lo que con Amadís pasara, diciéndole, por le conhortar, mal de Oriana, y que, con la saña que della hobo, estovo muy cerca de lo matar; é cómo por aquello, viéndole dormido, le escondió la silla y el freno, é lo dejara en la montaña, donde nunca mas dél pudiera saber ninguna nueva. «Y, Señora, dijo él, así como yo gran mentira le dije en lo vuestro, así luego recibí la pena que merecía; que cuando desperté é hallé que era ido sin mí, si arma alguna me quedara, sin duda me diera la muerte.» Oriana le dijo: «¡Ay por Dios, Gandalin! no me digas mas; que cierta soy que me ama sin arte, y quebrántasme el corazon; que la vida y la muerte, con las buenas ó contrarias nuevas que dél me vinieren, junto lo quiero resebir, sin que mas angustias é dolores que los pasados me sobrevengan.»

CAPITULO XI.

De cómo estando el rey Lisuarte sobre tabla entró un caballero extraño, armado de todas armas, y desafió al Rey é á toda su corte, é de lo que á Florestan pasó con él, é de cómo Oriana fué consolada é Amadís fallado.

A su mesa estando el rey Lisuarte é habiendo alzados los manteles, queriéndose dél despedir don Galaor é don Florestan é Agrájes para llevar á Corisanda, entró por la puerta del palacio un caballero extraño, armado de todas armas, sino la cabeza é las manos, é dos escuderos con él; é traia en la mano una carta de cinco sellos, é hincados los hinojos, la dió al Rey, é díjole: «Faced leer esa carta, é despues diré á lo que vengo.» El Rey la leyó, é viendo que de creencia era, le dijo: «Agora podeis decir lo que vos placirá.—Rey, dijo el caballero, yo desafío á tí é á todos tus vasallos é amigos de parte de Famongomadan, el jayan del Lago Fervien-

te, é de Cartada, que es su sobrino, el jayan de la Montaña Defendida, é de Madanfubul, su cuñado, el jayan de la Torre Bermeja, é por don Cuadragante, su hermano del rey Abies de Irlanda, é por Arcaus el encantador, é mándante decir que tienes en ellos muerte, así tú como todos aquellos que tuyos se llamaren; é hácente saber que ellos, con todos aquellos grandes amigos suyos, serán contra tí en ayuda del rey Cildadan en la batalla que con él aplazada tienes; pero que si tú quieres dar á tu hija Oriana á Madasima, la muy hermosa hija del dicho Famongomadan para que sea su doncella é la sirva, que no te desafiarán ni te serán enemigos, antes casaran á Oriana con Basagante, su hermano, cuando vieren que es tiempo; que es tal señor, que bien será en él empleada tu tierra é la suya; é agora, Rey, mira lo que mejor te verná: ó la paz como la quieren, ó la mas cruda guerra que venirte podrá con hombres que tanto pueden.» El Rey le respondió riendo, como aquel que en poco su desafio tenia, é díjole: «Caballero, mejor es la guerra peligrosa que la paz deshonrada; que mala cuenta podria yo dar á aquel Señor que en tal alteza me puso, si por falta de corazon con tanta mengua é tanto aviltamiento lo abajase; é agora vos podeis ir, é decidles que antes querria la guerra todos los dias de mi vida con ellos, é al cabo en ella morir, que otorgar la paz que me demandan; é decidme dónde los hallará un mi caballero, porque por él sepan esta mi respuesta que á vos se da.—En el Lago Ferviente, dijo el caballero, los fallará quien los buscare, que es en la insola que llaman Mongaza, así á ellos como á los que consigo han de meter en la batalla.—Yo no sé, dijo el Rey, segun la condicion de los gigantes, si mi caballero podrá ir é venir seguro.—Deso no pon gais duda, dijo él, que donde está don Cuadragante no se puede cosa contra razon facer, é yo lo tomo á mi cargo.—En el nombre de Dios, dijo el Rey. Agora me decid cómo habeis nombre.—Señor, dijo él, he nombre Landin é soy sobrino de don Cuadragante, hijo de su hermana, é somos venidos á esta tierra por vengar la muerte del rey Abies de Irlanda, é nos pesa que no podemos fallar á aquel que lo mató, ni sabemos si es muerto ó vivo.—Bien puede ser, dijo el Rey, mas agora ploguiese á Dios que supiédeses ser él vivo é sano; que despues toco se faria bien.—Yo entiendo, dijo Landin, por qué lo decis, porque creéis ser aquel el mejor caballero de los que habeis visto; mas, cualquier que yo sea, hallarme heis en la batalla vuestra é del rey Cildadan, é allí vos serán manifestadas mis obras, buenas ó contrarias, en el mas daño vuestro que yo podiere.—Mucho me pesa, dijo el Rey; que mas vos querria para mi servicio; mas bien creo que ende no faltará con quién vos combatais.—Ni á ellos, dijo el caballero, quien gelo resistia hasta la muerte.»

Quando esto oyó don Florestan, ensañóse ya cuanto, porque aquel osase decir que buscaba á su hermano Amadís, é díjole: «Caballero, yo no soy desta tierra ni vasallo del Rey; así que, entre vos é mí no atañe ninguna cosa desto que á él habeis dicho, ni yo en razon dello no digo nada, porque en su casa hay otros muchos mejores para decir é facer; pero porque vos decis que andais á Amadís buscando é no lo fallais, en lo

cual creo yo no ser vuestro daño, é si comigo, que soy don Florestan, su hermano, vos place combatir, á condicion que si vencido fuéredes os quiteis desta demanda, é si yomuerto fuere, algo de vuestro enojo é mengua se satisface, yo lo haré porque aquel sentimiento que vos teneis por el rey Abies, aquel, é mucho mas crescido, terná Amadís por la mi muerte.—Don Florestan, dijo Landin, bien veo que habeis sabor de batalla; mas yo la dudo á mas no poder, porque tengo de ir con la respuesta desta embajada á señalado dia, é tambien porque aquellos señores me tomaron fianza que en otra cosa de afrenta no me entremetiese; pero si de allí yo saliere vivo, haberla he con vos á dia señalado.—Landin, dijo don Florestan, vos lo decis como buen caballero é honrado, porque los que con semejantes mensajes vienen han de negar su voluntad propia por seguir la de aquellos cuyo mandado traen; porque, de otra guisa, aunque á vuestra honra satisfacer podiédes, la suya por vuestra tardanza se podría menoscabar, siendo todo á cargo vuestro; é por eso tengo por bien que sea como lo decis.» E tendiendo las luas en señal de gajes, las dió al Rey, é Landin la falda del arnés; así que, á consentimiento de ambos, quedó la batalla treinta dias despues que la de los reyes pasase. Entonces mandó el Rey á un caballero, su criado, que Filispinel habia nombre, que en compañía de Landin fuese á desafiar á aquellos que á él desafiaron. Pues partidos estos dos caballeros, como ois, el Rey quedó hablando con don Galaor é Florestan é Agrájes é otros muchos que en el palacio estaban, é dijoles: «Quiero que veais una cosa en que habréis placer.» Entonces mandó llamar á Leonoreta, su hija, con todas sus doncellas pequeñas, que viniesen á danzar, así como solian, lo que nunca habia mandado despues que las nuevas de ser perdido Amadís le dijeran; y el Rey le dijo: «Hija, decid la cancion que por vuestro amor Amadís hizo siendo vuestro caballero.» La niña con las otras sus doncellas la comenzaron á cantar; la cual decia así:

Leonoreta sin roseta,
Blanca sobre toda flor,
Sin roseta no me meta
En tal cuita vuestro amor.

Sin ventura yo en locura Me metí;	Pues que no puedo huir De ser vuestro servidor.
En vos amar es locura Que me dura,	No me meta sin roseta En tal cuita vuestro amor.
Sin me poder apartar; Oh hermosura sin par, Que me da pena é dulzor.	Aunque mi queja parece Referirse á vos, Señora, Otra es la vencedora,
Sin roseta no me meta En tal cuita vuestro amor.	Otra es la matadora Que mi vida desfallece;
De todas las que yo veo No deseo	Aquesta tiene el poder De me hacer toda guerra;
Servir otra sino á vos; Bien veo que mi deseo Es devaneo,	Aquesta puede hacer, Sin yo gelo merecer, Que muerto viva so tierra.
Do no me puedo partir,	

Quiero que sepais por cuál razon Amadís hizo este villancico por esta infanta Leonoreta. Estando él un dia hablando con la reina Brisena, Oriana é Mabilia é Olinda dijeron á Leonoreta que dijese á Amadís que fuese su caballero é la sirviese muy bien, no mirando por otra ninguna; ella fué á él, é dijole como ellas lo

mandaron. Amadís é la Reina, que gelo oyeron, rieron mucho; é tomándola Amadís en sus brazos, la asentó en el estrado é dijole: «Pues vos quereis que yo sea vuestro caballero, dadme alguna joya en conocimiento que me tenga por vuestro.» Ella quitó de su cabeza un prendedero de oro con unas piedras muy ricas, é diógelo. Todas comenzaron á reir de ver cómo la niña tomaba tan de verdad lo que en burla le habian aconsejado; é quedando Amadís por su caballero, hizo por ella el villancico que ya oistes. E cuando ella é sus doncellas lo decian, que estaban todas con guirlandas en sus cabezas é vestidas de ricos paños de la manera que Leonoreta los traia, y era asaz hermosa, pero no como Oriana, que con esta no habia par ninguna en el mundo, é fué á tiempo, como adelante se dirá, emperatriz de Roma; é las doncellitas suyas eran doce, todas hijas de duques é de condes é otros grandes señores; é decian tan bien é tan apuesto aquel villancico, que el Rey é todos los caballeros habian muy gran placer de lo oir. E desde que hobieron una pieza cantado, fincando los hinojos ante el Rey, fuéronse donde la Reina estaba. Don Galaor é don Florestan é Agrájes dijeron al Rey que querian ir con Corisanda, que les diese licencia, y él los sacó á una parte del palacio é dijoles: «Amigos, en el mundo no hay otros tres en quien yo tan gran esfuerzo tenga como en vos, y el plazo de la mi batalla se llega, que ha de ser en la primera semana de agosto; é ya habeis oido la gente que contra mí han de ser; y estos traerán otros muy bravos é muy fuertes en armas, así como aquellos que son de natura é sangre de gigantes; por que mucho vos ruego que fasta aquel plazo no vos encargueis de otras afrentas ni demandas que vos hayan de estorbar de ser conmigo en la batalla; que tengo mortales é capitales enemigos, é fariadesme muy gran mengua é sinrazon; que yo fio en Dios que con la vuestra gran bondad, é de todos los otros que me han de servir, no será la valentia ni fuerza de nuestros enemigos tan sobrada, que al cabo por nosotros no sean vencidos é destrozados é menguados.—Señor, dijeron ellos, para tal cosa tan señalada é nombrada en todas partes como esta será, no es menester vuestro mandado é ruego; que, puesto que el deseo é buena voluntad que de servirnos tenemos faltase, no faltaria el buen deseo de ser en tan grande afrenta, donde nuestros corazones é buenas voluntades hayan aquello que por muchas tierras é partes extrañas del mundo andan buscando, que es hallarse en las cosas de mayor peligro; porque venciendo alcanzan la gloria que desean, y vencidos cumplen aquella fin para que nascidos fueron; así que, nuestra tornada será luego, y entre tanto animad y esforzad vuestros caballeros, porque á aquellos que con gran amor é aficion sirven, flaca fuerza fuerte se torna.» E partiéndose del Rey, armados en sus caballos, tomando consigo á Corisanda, partieron de Londres é fueron su camino. Gandalin, que allí estaba é viera todo aquello, partióse luego para Miraflores, é contólo á Oriana é á Mabilia, y que aquellos tres compañeros se lo mandaban mucho encomendar. Oriana dijo: «Agora es Corisanda en todo placer, pues en su compañía lleva á don Florestan, que ella tanto ama, é Dios gelo dé siempre, que mucho es buena dueña.» E comenzó á sospirar; así que, las lá-

grimas la vinieron á los ojos é dijo: «¡Oh Señor Dios! ¿por qué no quereis que yo vea á Amadís siquiera un solo dia? ¡oh Señor, queredlo por la vuestra bondad, ó me quitad deste mundo, é no me dejes vivir en tal cuita é dolor!» Gandalin hobo della gran duelo, pero fizo el semblante de sañudo é dijo: «Señora, faréisme que no parezca ante vos, porque estamos atendiendo buenas nuevas que Dios nos enviará, é quereisnos meter en desesperanza.»

Oriana limpió los ojos de las lágrimas é dijole: «Ay Gandalin, por Dios no te quejes; que si yo algo hacer pudiese, de grado lo faria; que aunque buen semblante nuestro, nunca jamás mi corazon de llorar queda; é si no fuese esta esperanza que tengo de las palabras que me dices, cree que no ternia tanto esfuerzo que de un logar levantarme pudiese; mas agora me di qué será del Rey, mi padre; pues que no puede haber á Amadís para esta batalla.—Señora, dijo él, no puede mi señor tan escondido ni apartado estar, que una cosa tan señalada como esta no venga á su noticia; pues ¿quién duda qué sabiendo lo que á vos toca, siendo vuestro padre vencido, no quiera él venir á poner sus fuerzas en vuestro servicio? que aunque por el defendimiento que le posistes no ose parecer ante vos, parecer-hia allí donde viere que puede servir é alcanzar perdon del yerro que no hizo ni pensó de hacer.—Así plega á Dios, dijo Oriana, que sea como tú lo piensas.» Y estando hablando en esto, entró una niña corriendo é dijo: «Señora, veis aquí la doncella de Denamarca, que muy ricas donas vos trae.» A ella se le estremesció el corazon, é paróse tal, que no pudo hablar, é fué toda turbada, como quien por su venida esperaba la vida ó la muerte, segun el recaudo que trajese; é Mabilia, que así la vió, dijo á la niña: «Vé é di á la doncella que entre acá sola, porque la querria ver apartadamente.» Y esto fizo porque ninguno viese la gran cuita ó grande alegría de Oriana, segun las nuevas fuesen; é la niña se salió é dijole lo que le mandaron; pero de Mabilia é de Gandalin vos digo que estaban desmayados, no sabiendo lo que la doncella traia; é la doncella entró alegre y de buen continente, é fincando los hinojos ante Oriana, dióle una carta que traia é dijole: «Señora, veis aquí nuevas de todo vuestro placer; é sabed, Señora, que yo he recaudado todo aquello por que me enviastes, así como lo deseais; é leed esa carta, é veréis si la fizo con su mano Amadís.» Ella tomó la carta, mas así le tremian las manos, con la grande alegría, que la carta se le cayó; é desde que el corazon se le fué mas asegurado abrió la carta é falló el anillo que ella con Gandalin á Amadís enviara cuando con Dardan se combatió en Vindilisora; el cual muy bien conoció, é besóle muchas veces é dijo: «Bendita sea la hora en que fueste hecho, que con tanto gozo é placer de una mano á otra te has mudado.» E metióle en su dedo; é cuando vió las palabras tan humildes que en la carta venian, y el mucho agradecimiento de se ella haber membrado dél, é de cómo de la muerte á la vida era tornado, hoggóle el corazon, é alzando sus manos, dijo: «¡Oh Señor del mundo, reparador de todas las cosas, bendito seas vos, que á tal sazón me acorristes, é me librasdes de la muerte, que tan cerca tenia!» E fizo asentar la

doncella ante sí é dijole: «Amiga, agora me contad cómo lo fallastes, é los dias que con él estovistes, é dónde lo dejais.» Ella le dijo cómo lo habia buscado, é que viniendo muy triste sin ningun recaudo, la gran tormenta que en la mar le sobrevino la hiciera arribar á la Peña Pobre, donde lo falló; é contóle cuanto allí con él le aconteciera, y el placer tan grande que su carta le dió; é asimismo le dijo donde lo dejaba, é cómo esperaba su mandado. Mas cuando vino á decir cómo era llegado á la muerte, é tan desemejado que no lo podia conocer sino por la herida que en el rostro tenia, é cómo habia mudado su nombre, é cómo Durin estuvo tres dias que no lo conoció, gran duelo é piedad habia Oriana dél; y desde que todo gelo hobo contado, dijo Oriana: «Por Dios, amiga, menester es que luego haya vuestro mandado, é decidme en qué manera se haga.—Yo vos lo diré, dijo ella; allá dejé á sabiendas dos joyas de las que traia, porque, con achaque de volver Durin por ellas, le llevase vuestro mandado.—Muy bien hecistes, dijo ella; é agora dadme las donas que traedes delante destos que aquí están, y decid que se vos olvidaron las de Mabilia, así como lo habédes dicho.»

Entonces dijeron á la doncella cómo Corisanda les habia dicho dél, que se llamaba Beltenebros; pero no le conoció ni supo quién era. «Verdad es que así se llama, dijo la doncella, é dice que no se quitará aquel nombre hasta que vos vea é le mandeis lo que haga.» E tambien le dijeron cómo tenían las llaves de los postigos de la puerta, é llamaron á Durin é mostráronle á la parte donde habia de traer á Beltenebros cuando viniere, é mandáronle que luego fuese á lo traer; mas no hobieron de trabajar mucho en ello, porque aun estando él muy cuitado de la nueva sin ventura que le llevara por donde á la muerte lo habia llegado, creyendo que con la que agora iba se emendaba é reparaba todo, con mucha alegría de su corazon lo otorgó, é besó las manos á Oriana, porque gelo mandaba; é allí fué acordado que Mabilia gelo rogase ante todos que le fuese por aquellas donas, y que él mostrase en ello mal continente, como que mucho le pesaba, porque no sospechasen de su ida alguna cosa. E así se fizo, que cuando gelo rogaron mostró dello pesar é dijo sañudamente á Mabilia: «Dígovos, Señora, que por ser vuestras iré yo allá, que si de la Reina ó de Oriana fuesen no lo faria, que mucho afan he llevado de trabajo en este camino.» Mabilia se lo agradeció, é Oriana le dijo: «Mi amigo Durin, como quiera que bien sirvádes, no queráis zaiberir el servicio que ficiédes en tal guisa que vos lo no agradezcan.—Así lo haré á vos, dijo él, cuando me lo mandádes que vos sirva; que bien creo que tan poco vale vuestro grado como mi servicio.» Todas rieron mucho de la saña que Durin mostraba é de cómo habia respondido; é dijo á Mabilia: «Señora, pues que á vos place que yo vaya, luego de mañana me quiero ir.» E despidiéndose dellas, se fué con Gandalin á dormir á villa, el cual le rogó que le encomendase mucho á Enil, su primo, y que de su parte le rogase que le viniese á ver, si hacerlo pudiese, porque tenia de le hablar algunas cosas; é que le rogaba mucho que en tanto que con aquel caballero andoviese preguntase por nuevas de Amadís; esto le enviaba á decir porque Amadís andoviese mas encubier-

to, é porque si dél le quisiese partir, que con achaque de le ver á él lo podiese hacer. En esto hablando, llegaron á Lóndres, é otro dia de mañana cabalgó Durin en su palafren é fuése su via camino donde á Beltenebros habian dejado; pero antes se quiso bien avisar de todas las nuevas de la corte, porque gelas sopiese contar.

CAPITULO XII.

De cómo Beltenebros mandó hacer armas é todo aparejo para ir á ver á su señora Oriana, é de las aventuras que le acaesieron en el camino.

Pues tornando á Beltenebros, que en las casas de las monjas quedara atendiendo el mandado de su señora, dice la historia que, siendo ya, con el gran placer, en mucho de su salud é fuerza tornado, que mandó á Enil le hiciese hacer en aquella villa cerca donde estaba unas armas el campo verde, y leones de oro menudos cuantos en él cupiesen, con sus sobreseñales, é le comprase un buen caballo é una espada, é la mejor lorica que haber pudiese. Enil subió á la villa é fizolo todo como le mandó; así que, en espacio de veinte dias fué todo aderezado como lo había menester. A esta sazón llegó Durin con el mandado que llevaba, con que Beltenebros hobo gran placer; é preguntándole delante de Enil cómo quedaba la buena doncella de Denamarca, su hermana, y qué venida era la suya, él le dijo que la doncella se lo mandaba mucho encomendar, é que él venia por dos joyas que se les habían olvidado, que quedarán entre los almadrages en que ella dormiera; é dijo á Enil cómo su primo Gandalin le saludaba mucho, é todo lo otro que á cargo de le decir traía. Beltenebros le preguntó que quién era aquel Gandalin. «Un escudero, mi primo, dijo él, que aguardó gran tiempo á un caballero que Amadís de Gaula se llamaba.» Y entonces tomó consigo á Durin é fuése paseando por una plaza, preguntándole por nuevas de su hermana; mas cuando algo desviados fueron díjole Durin el mandado de su señora, cómo le atendía en Miraflores, é que tenia muy bien aparejado de le tener allí consigo, que fuese muy encubierto; é contóle cómo sus hermanos é Agrájes estaban en la corte, é habían de ser en la batalla que el rey Lisuarte tenia aplazada con el rey Gildadan de Irlanda; y asimismo el desafío de Famongomadan é de los otros gigantes é caballeros que le hicieron; é cómo le demandaran á Oriana para ser doncella de Madasima, é que la casarian con Basagante, hijo de Famongomadan; é cuando Beltenebros esto oyó, las carnes le tremian, con gran ira que en sí hobo, y el corazón le hervía con gran saña; é propuso en su voluntad, tanto que á su señora viese, de no tomar en sí otra afrenta ni demanda hasta buscar á Famongomadan é se combatir con él, é morir ó le matar por aquello que de Oriana dijera. Despues que Durin le hobo contado lo que habeis oido, tomó las donas, é despedido dél, se tornó muy alegre con haber acabado aquello que él deseaba.

Beltenebros quedó dando muchas gracias á Dios porque así le había socorrido en le tornar á la merced de su señora, que teniéndola perdida, su vida era llegada en el extremo que vos contamos; é aquella noche despedido de las dueñas, una hora antes del alba, ar-

mado de aquellas verdes é frescas armas, encima de su caballo hermoso é lozano, y Enil con él, que el escudo é yelmo é lanza llevaba, se puso en el camino para ir á ver á aquella su señora que él tanto amaba; é yendo así por el campo, siendo ya el dia claro, puso las espuelas muy recio al caballo, é fizolo hacer á un cabo é á otro, é de tal manera, que Enil, que lo miraba, fué mucho maravillado, é dijo: «Señor, del ardimiento de vuestro corazón no sé nada, pero nunca vi caballero que tan hermoso, armado pareciese. Los corazones de los hombres, dijo Beltenebros, hacen las cosas buenas; que no el buen parecer; pero al que Dios junto lo da, gran merced le hace; é pues agora has juzgado el parecer, juzga el corazón segun vieres que lo merece.» Así se iba razonando é riendo con él, como aquel que desechando aquella tan gran tenebregura en que estoviera, era tornado al deleite, que sin él no pudiera vivir; pues así andovo hasta la noche, que albergó en casa de un caballero anciano, donde le fué mucha honra hecha; é otro dia partiendo dende, llevando el yelmo en su cabeza por no ser conocido, andovo siete dias sin ninguna ventura hallar; mas á los ocho le avino que, pasando al pié de una montaña vió por un pequeño camino venir en un gran caballo bayo un caballero tan grande é tan membrudo, que no parecia sino un gigante, é dos escuderos que las armas le traian; é cuando mas cerca fué el gran caballero dijo contra Beltenebros en voz alta: «Vos, don caballero, que ahí venides, estad quedo é no paseis mas adelante hasta que de vossepá lo que quiero.» Beltenebros estovo quedo en un campo llano por do iba, é miró el escudo del caballero, é vió que había en él tres flores de oro en campo indio, é conocióle ser don Cuadrágante, porque otro tal viera en la insola Firme alzado sobre todos los otros, como el que mas honra ganara en la prueba de la cámara defendida; é pesóle mucho, porque pensó de no poder excusar dél la batalla, teniendo en su voluntad la de Famongomadan, que por esta quisiera él excusar todas las otras, é tambien por ir al plazo que su señora le enviaba á mandar; é había recelo que la gran bondad de aquel caballero le diese algun estorbo, y estovo quedo; é llamando á Enil, le dijo: «Llégate á mí, é dame has las armas si las hobiere menester.—Dios vos guarde, dijo Enil, que mas me semeja este diablo que caballero.—No es diablo, dijo Beltenebros, mas un muy buen caballero, de que ya otras veces oí hablar.» En esto llegó don Cuadrágante é díjole: «Caballero, conviene me digais si sois del rey Lisuarte.—¿Por qué lo preguntais? dijo Beltenebros.—Porque yo lo tengo desafiado, dijo Cuadrágante, á él é á todos los suyos é á sus amigos, é no fallaré ninguno dellos que no lo mate.» A Beltenebros vino gran saña é díjole: «¿Vos sois de aquellos que le desafiaron?—Soy, dijo él, y el que le fará á él é á los suyos todo el mal que puidere. É ¿cómo habeis nombre? dijo Beltenebros.—He nombre don Cuadrágante, dijo él.—Ciertamente, Cuadrágante, como quiera que vos seais de gran linaje é de alto hecho de armas, gran locura es la vuestra desafiar al mejor rey del mundo, porque los caballeros deben tomar las cosas que les convienen, é cuando de allí pasan, mas á locura que á esfuerzo se debe tomar; yo no

soy vasallo deste rey que decís ni natural de su tierra, pero por lo que él merece es mi corazón otorgado á lo servir; así que, con razón me puedo contar por vuestro desafiado; é si quereis batalla, haberla hédese, é si no, andad vuestro camino.» Don Cuadrágante le dijo: «Bien creo, caballero, que la poca noticia que de mí teneis vos causa hablar tan osado é con tanta locura, é ruégovos mucho que me digais vuestro nombre.—A mí llaman Beltenebros, dijo él, é así por el nombre, como por ser de poca nombradía, no me conoceréis mas que antes; mas como quiera que yo sea de extraña é apartada tierra, oído he que andais buscando á Amadís de Gaula, é segun sus nuevas, entiendo que no es vuestro daño no lo hallar.—¿Cómo! dijo don Cuadrágante, ¿aquel que yo tanto desamo precias mas que á mí? Sabete que eres llegado á la tu muerte, é toma tus armas si con ellas te osares defender.—Aunque contra otros, dijo Beltenebros, dudase de las tomar, no contra vos; que tantas soberbias é amenazas me haceis.»

Entonces tomando sus armas, con gran saña corrieron los caballos el uno contra el otro, é diéronse tan grandes encuentros, que el caballo de Beltenebros estuvo por caer; mas don Cuadrágante fué fuera de la silla, é cada uno se sintió mucho de aquel encuentro, é Beltenebros hobo el pico de la teta fendido de la cuchilla de la lanza, y el otro fué ferido en el costado, mas la llaga pequeña fué; é levantóse luego, como aquel que muy valiente é ligero era, é metiendo mano á la espada, se fué á Beltenebros, que estaba enderezando el yelmo en la cabeza; así que, no le vió é hirióle el caballo con la punta de la espada, que la media della por las ancas le metió, el cual con la ferida fué por el campo lanzando las piernas por caer; mas Beltenebros descendió luego, y embrazando su escudo, la espada en la mano, se fué contra don Cuadrágante con gran saña é braveza, porque el caballo le matara, é dijo: «Caballero, no mostrais buen esfuerzo en lo que fecistes, pero bien bastará el vuestro para el que la victoria de la batalla alcanzare.» Entonces se acometieron tan bravamente, que espanto era de lo ver; que el ruido que con las espadas se facia en se cortar las armas era tal como si allí se combatiesen diez caballeros, é algunas veces se trababan á brazos, por se derribar; así que, cada uno probaba toda su fuerza é valentía contra el otro. Unos escuderos que los miraban, teniendo por gran espanto ver tal crueza en dos caballeros, no esperaban que ninguno dellos vivo quedar pudiese: E así andovieron en su batalla desde la tertia fasta hora de vísperas, que nunca folgaron ni se hablaron palabra; pero á esta sazón fué don Cuadrágante tan ahogado del gran cansancio é mal trecho de un golpe que Beltenebros encima del yelmo le diera, que cayó desapoderado sin ningún sentido en el campo, como si muerto fuese, é Beltenebros le tiró el yelmo de la cabeza por ver si era muerto; mas dándole el aire, tornó cuasi en su acuerdo é púsole la punta de la espada en el rostro é díjole: «Cuadrágante, miébrate de tu alma, que muerto eres.» Y él, que ya mas acordado estaba, dijo: «Ay Beltenebros! ruégovos por Dios que me dejéis vivir por el reparo de mi ánima.» El dijo: «Si quieres vivir, otórgate por vencido y que harás lo que yo te mandare.—Vues-

tra voluntad, dijo él, faré yo por salvar la vida; pero por vencido no me debo otorgar con razón; que no es vencido aquel que sobre su defendimiento, no mostrando cobardía, face todo lo que puede fasta que la fuerza y el aliento le falta é cae á los piés de su enemigo; que el vencido es aquel que deja de obrar lo que facer podría por falta de corazón.—Cierito, dijo Beltenebros, vos decís derecha razón, é mucho me place de lo que agora de vos aprendí; dadme la mano é facedme fianza que faréis lo que yo mandare.» Y él gela dió como mejor pudo.

Entonces llamó á los escuderos que lo vieses, é díjole: «Yo vos mando por el pleito que me faceis que luego seais en la corte del rey Lisuarte, é que vos no partais dende fasta que Amadís allí sea, aquel que vos andais buscando, é venido, vos metáis en su poder é le perdoneis la muerte de vuestro hermano, el rey Abies de Irlanda; pues que, segun yo he sabido, ellos de su propia voluntad se desafiaron, é solos entraron en la batalla; así que, tal muerte como esta no debe ser demandada aun entre las bajas personas, cuanto mas en los semejantes que vos, segun las grandes cosas que en armas habeis pasado, é muy dichoso en ellas; é asimismo vos mando que torneis el desafío al Rey é á todos los suyos, ni tomeis armas contra lo que su servicio fuere.» Todo lo otorgó don Cuadrágante, mucho contra su voluntad; mas hizolo con el gran temor de la muerte, que muy cercana la tenia, é mandó luego á sus escuderos que le hiciesen unas andas é lo llevasen donde Beltenebros mandaba, porque podiese quitar su promesa. Beltenebros vió á Enil, escudero, que tenia el caballo de don Cuadrágante y estaba muy ledo é con gran alegría de la buena ventura que Dios diera á su señor. Beltenebros cabalgó en el caballo é dió las armas á Enil é tornóse á su camino, é no andovo mucho por él, que falló una doncella cazando con un esmerjeon, é otras tres doncellas con ella, que vieran la batalla é oyeran todo lo mas de las palabras que pasaron; é como vieron que tan mal trecho quedara é que había menester de folgar, rogáronle afincadamente que con ellas se fuese á un castillo suyo, donde se le faria todo servicio por aquella voluntad que de servir al Rey, su señor, en él conocían. El lo tuvo por bien, porque estaba muy atormentado del gran afan que pasara; mas desque allí llegaron, catándole si estaba ferido, no le fallaron otra llaga sino aquella pequeña de la teta, de que mucha sangre se le fué, é á cabo de tres dias partió de allí, é andovo todo aquel dia sin aventura hallar; esa noche albergó en casa de un hombre bueno que cerca del camino moraba, é otro dia andovo tanto, que al mediodía, subiendo encima de un cerro, vió la ciudad de Lóndres, é á la diestra mano el castillo de Miraflores, donde su señora Oriana estaba; y él, cuando le vió, grande alegría su ánimo sintió; pues allí estovo una gran pieza pensando cómo partiría de sí á Enil, é díjole: «¿Conoces esta tierra donde estamos?—Sí conozco, dijo él; que en aquel valle está Lóndres, donde es el rey Lisuarte.—¿Tan llegados somos á Lóndres? dijo él, pues yo no me quiero agora facer conocer al Rey ni otro alguno fasta que mis obras lo merezcan; que, como tú ves, soy mancebo, é no he hecho tanto que por